

**CHILE, UN NACIONALISMO
QUE MIRA HACIA
LA UNIVERSALIDAD**

Por Mario Arnelo

**Separata del Libro
"NUESTRO CAMINO"**

1976

CHILE, UN NACIONALISMO QUE MIRA HACIA LA UNIVERSALIDAD

Por Mario Arnello

En un mundo cada vez más interdependiente, el Gobierno de Chile plantea su carácter nacionalista en la seguridad de que nuestra Patria constituye un todo homogéneo, histórica, étnica y culturalmente, no obstante su disímil geografía. No afirmamos que Chile sea superior o inferior a otros pueblos. Sostenemos que es diferente, en cuanto tiene un nítido perfil que le es propio. Pero la búsqueda de una reoriginación a partir de las entrañas mismas del alma nacional, no significa que el actual Gobierno plantee un nacionalismo que empequeñezca la visión de universalidad que el mundo contemporáneo reclama.

Mario Arnello R. Abogado, actual Fiscal de LAN-Chile, ex-diputado por Santiago 1969-1973 y reelegido ese año hasta la disolución del Congreso Nacional. Profesor de Derecho del Trabajo en la Universidad de Chile. Miembro de la Delegación chilena a las Asambleas Generales de la N.U. y de la O.E.A. en 1974 y 1975. Autor de diversas publicaciones de su especialidad y de doctrina política. Periodista, ex-director de la revista "Estanquero", redactor de las revistas "Qué Pasa". y "Portada".

Chile es una nación, cabal y definitivamente.

Su ser nacional no es una circunstancia transitoria, tal como no es meramente el resultado de una determinación política o consecuencia fortuita de aconteceres de la historia.

Su ser nacional es mucho más que eso: es una unidad. Es la unidad esencial del espíritu, la cultura, la voluntad y la ambición creadora de la raza, atada, indisolublemente, con el instinto telúrico enraizado desde el origen en el pueblo de este territorio, acuñado en la soledad impuesta por la difícil geografía chilena —tan distante de los torrentes humanos del mundo— y obediente a un imperativo de fundación, de superación y de trascendencia.

Su ser nacional fue sólidamente construido a través de la historia. Medio milenio ha registrado, paso a paso, la expresión del instinto y del sentido de nación impulsando la vida, la lucha y la muerte de los hombres de Chile. Ensueño de una realidad que se forja y acicate de una misión que debe ser cumplida.

El ser nacional de Chile, pues, lo hace titular de un pasado y de un destino. Destino que hay que precisar y que servir, y que debe orientar el esfuerzo del pueblo. Destino que es unidad; que es meta y objetivo; y que es, a la vez, imperativo categórico del ser nacional.

El imperativo de la Patria

La existencia imperativa de la nación chilena, su identidad propia, su destino trascendente, son determinantes ineludibles de la conducta interna y externa de su pueblo y de su Gobierno.

No es indiferente, en consecuencia, el camino que, en cada instante de su desarrollo, escojan el pueblo y el Go-

bierno, o alguno de ellos. Hay caminos acordes al ser nacional, y hay caminos divergentes o contradictorios con él.

No son indiferentes, tampoco, las ideologías que pretenden interpretar la realidad nacional y determinar valores y objetivos para la acción presente o futura del país.

En definitiva, lo que debe determinar su aceptación o su rechazo, es la identidad de un pensamiento político con todo lo que es esencial al ser chileno.

Todo lo que conduce a que exista mayor integridad, mayor unidad, mayor lealtad del pueblo al sentido histórico de la nación, a sus valores culturales y a su destino trascendente, configura el contenido de un pensamiento nacionalista. El nacionalismo, por tanto, es el ordenamiento de valores, la ética de la conducta y el espíritu de servicio, orientados a la afirmación de la chilenidad. Es, en dos palabras, la doctrina de la Patria.

Por el contrario, las ideologías extranjerizantes son, en mayor o menor grado, ajenas o contradictorias al ser nacional.

Todo cuanto niega validez a los valores esenciales de nuestra nacionalidad, a su tradición y a su historia; todo lo que desconoce su identidad y su destino; todo cuanto niega su unidad imperativa, su integridad dominante y su soberanía excluyente; todo cuanto pretende supeditar o imponer sobre la creación cultural chilena, las formas, las ideologías y los intereses que obedecen a creaciones y realidades de otras naciones o culturas; son, indiscutiblemente, expresiones ajenas al ser nacional, cuando no negaciones rotundas de éste.

De manera, por consiguiente, que la acción, la conducta, el estilo y los objetivos del Gobierno y del pueblo mismo —es decir, la política nacional— han de estar inspirados en la doctrina de la Patria. Han de rechazar, consecuentemente, los ideologismos extranjerizantes, los internacionalismos vaporosos o mendaces y toda forma de negación de la chilenidad.

Un camino propio

Chile, pues, consciente de ser nación, afirmado en su tradición creadora, seguro de la trascendencia de los valores de su cultura, con voluntad de realizar su destino, ha de fijar y saber recorrer su camino propio.

Chile, después de la decadencia partidista, después de la crisis y del caos marxista, vive las horas de su superación nacionalista.

Las horas del nacionalismo son la hora de la definición, primero, y las de la decisión inquebrantable, luego.

La hora de la definición: es definir el camino propio, el de la identidad del *ser nacional consigo mismo*, con los valores de su cultura, con la verdad, con su tradición histórica y con su destino. Es definirlo, sin someterse a las tutelas de mentores extraños; ni a las conveniencias circunstanciales de consejeros extranjeros entrometidos; ni a los complejos de una falsa pequeñez o subdesarrollo que no impuso la geografía ni la historia, sino sólo el colonialismo mental y el ablandamiento moral de las mayorías partidistas. Es definir el camino propio, sin aceptar las presiones ni doblegarse por las amenazas. Es definirlo, sin temor por la soledad, sin debilidad frente a las adversidades, sin inseguridad frente al futuro. Es definir el camino propio, con altura, con sobriedad, con reciedumbre.

El camino propio de Chile: enraizado hondamente en su tierra patria; abierto al mar de su geografía, su historia y su destino; unidad, pero vertiente definida de la cultura humanista y cristiana, hispánica y americana; es la consecuencia forzosa de su ser nacional, proyectada en la acción externa de su Gobierno nacionalista. Camino propio, definido, independiente. La identidad de la nación expresada en el ámbito universal, siguiendo las líneas de su interés soberano, pero con la lealtad insobornable de los sólidos principios humanistas, hispánicos y cristianos, que han perfilado su ser nacional.

La acción internacional de Chile, en consecuencia, tiene una nítida orientación; es un medio más para la realización de la suprema tarea nacionalista: la tarea de la afirmación de Chile.

El poder nacional

La nación chilena ha de tener el poder necesario para sostener completamente la defensa de su interés nacional y de sus derechos; incluido, por cierto, la capacidad real de desarrollar todas sus potencialidades y alcanzar su destino.

El "poder nacional", sólido y eficaz, no es una amenaza para nadie que no aliente ambiciones o pretensiones en contra de Chile. El "poder nacional" es la expresión de la voluntad, del vigor y de la reciedumbre del chileno, a la vez que de su laboriosidad e inteligencia, para asegurar la independencia, la libertad y el porvenir.

Chile, por sí mismo, por su historia, su tradición y su cultura, es acreedor al respeto de las demás naciones. Pero es a los chilenos a los que cabe la responsabilidad de afianzar la dignidad nacional y volver a cimentar el prestigio mundial que le corresponde con su esfuerzo, con su superación, con ímpetu y espíritu nacionalistas.

Chile, sólido y fuerte, con la sobriedad del recio estilo que forjó la nacionalidad chilena; sin alardes verbalistas ni absurdas pretensiones de un liderazgo más allá de sus propias fronteras; respetable y respetado, por encima de las infamias vomitadas en su contra, a pesar de ignorancias y falsedades, de la cobardía de muchos y la idiotez de otros, con la dignidad altiva de su herencia ancestral; Chile, seguro de sí mismo, por su propio valer y su propia fortaleza, habrá de conquistar su destino en el mundo y alcanzar un futuro de grandeza para su pueblo.

Unidad en lo universal

Definidos ya el ser nacional, el destino que le corres-

ponde, el camino propio que debe recorrer para alcanzarlo y el poder nacional indispensable para defenderlo, están reseñados el nítido perfil de la Nación chilena y las presunciones básicas de nuestro nacionalismo.

Chile es una unidad. Unidad exigente e imperante. Unidad que exige una adhesión personal de cada chileno y constituye una fuerza moral capaz de reconstruir la Patria desde las entrañas mismas del alma nacional. Unidad que es fortaleza, pero que es también dinamismo, movimiento y expansión.

Es una unidad trascendente. No una forma encerrada en sí misma, como isla perdida en el tiempo, en el quehacer de la historia o en ignota geografía. Chile trasciende en la universalidad, pero con las características de su ser nacional, con el rostro y la personalidad labrados por su pueblo.

Ser unidad, tener personalidad definida, voluntad resuelta, concepciones claras y firmes —en dos palabras, ser nacionalista—, no significa empequeñecer la visión, ni ignorar el ámbito universal que el mundo contemporáneo plantea. Por el contrario, significa tener la visión universal verdadera: estar en el mundo de hoy, comprendiendo sus exigencias y peligros, y abrir los horizontes del mañana. Significa tener entereza para ser actor, con perfil definido, y no, simplemente, país repetidor de problemas, de frustraciones, ideologías y odios acuñados en otras latitudes por otras culturas, otras voluntades y otros nacionalidades.

Precisamente, Chile sólo puede estar abierto a la universalidad cuando, primero, se ha reencontrado consigo mismo, y ha afirmado su ser nacional.

La universalidad real, histórica y práctica, no se concilia con vaporosas declinaciones teóricas, ni idealismos deliquescentes. Son las relaciones entre los pueblos, las confrontaciones, acuerdos, desacuerdos o pugnas entre las naciones, las que conforman la historia universal. Y es, también, este quehacer de naciones lo que mueve la crónica de estos días.

Una nación pesa si es unidad vigorosa; y se despedaza o decae cuando ha perdido su unidad. Entonces, se ceban en ella las ideologías contrarias, y, dentro de sí, sufre las mismas tensiones, las divisiones y contradicciones de las fuerzas en pugna en el mundo.

Para estar en la universidad, Chile debe ser unidad. Unidad sólida, firme y activa. Sólo así puede construir, levantar y expandir el bienestar de su pueblo y también colaborar en el de otros. Sólo así puede ser motor y no lastre en la historia.

Los principios de la relación internacional

La integridad, independencia y soberanía nacionales solamente están garantidos en la medida en que las demás naciones la respeten. En consecuencia, no cabe hablar de tales bienes materiales y morales de una Nación, si no es una realidad concreta el respeto que las otras naciones le otorgan.

Es innegable que la base de dicho respeto, la única norma verdaderamente cierta para que exista, es el "poder nacional" ya referido. Pero, lo es también, que a través del tiempo se han venido perfilando principios internacionales que tienden a proteger tales bienes, e instrumentos adecuados a perfeccionarlos.

Los principios básicos aceptados tradicionalmente por Chile, a este respecto, son plenamente aceptados e impulsados por el Gobierno actual. La sujeción estricta a los tratados internacionales, la no intervención en los asuntos de otros Estados, y la autodeterminación de cada pueblo, son principios aceptados por Chile y cumplidos por él. Pero, así mismo, es imperativo, patriótico y nacionalista exigir a los Gobiernos de las demás naciones en relación con Chile, el más estricto cumplimiento de aquellos principios.

No corresponde al Gobierno chileno romper tales principios, en perjuicio de otros Estados; pero tampoco cabe acep-

tar que aquéllos lo hagan o lo intenten hacer en perjuicio de Chile.

Sólo el cumplimiento cabal de los referidos principios, sólo el respeto absoluto a la integridad, independencia y soberanía nacionales, pueden crear las condiciones fundamentales para establecer o mantener, constructivas relaciones internacionales con otros Estados. Y, por el contrario, la más mínima intromisión, presión o acecho de éstos, sólo debe dar lugar al repudio más absoluto y al más enérgico rechazo.

El actual Gobierno ha reiterado categóricamente su voluntad de mantener relaciones internacionales con todos los países cuyos Gobiernos no pretendan intervenir indebidamente en los problemas propios de Chile.

Pero esa determinación debe reconocer una vez más, la validez de los valores superiores de la cultura, la civilización y el propio destino, que impone grados de mayor aproximación y grados de mayor divergencias. Y esos elementos han de determinar orientaciones ineludibles en el camino propio de Chile.

Los valores de la civilización y la cultura

Una nación no es una invención política desligada del contenido humano plasmado a través de los siglos. Los valores de su cultura, las formas y grados de civilización, o, a la inversa, los aspectos negativos que predominan aplastando aquéllas, son elementos esenciales de toda nación. Y, por lo tanto, deben ser expresamente considerados en las relaciones internacionales de un pueblo.

La cultura y las formas de civilización, entre otros elementos, son hoy en día determinantes para dar plena validez y categoría histórica a las relaciones de los pueblos.

Hasta hace pocos años, tal hecho carecía de importancia y, por el contrario, parecía ser justamente el motivo de la ri-

validad más tenaz y combativa. Bastaba una vecindad geográfica, la proximidad de territorios entre pueblos de la misma cultura, para que se sucediesen las guerras por imponer hegemonías. No había en esas luchas la confrontación de dos culturas, ni formas de civilización diversas, y a menudo ni siquiera la confrontación de distintas religiones o ideologías.

No sucede lo mismo en el mundo actual, convulsionado por la más grave crisis de los últimos siglos. Hoy día ser integrantes de una misma cultura, suele aproximar a las naciones, más que otros factores. Y esto debiera ser tanto mayor en las naciones occidentales.

La civilización desarrollada por estas naciones, los valores humanistas que encierran las diferentes vertientes de la cultura cristiana, están amenazados de destrucción. La amenaza no proviene de las impulsivas oleadas de elementos culturales originarios del Africa, o de las que pudieran estar latentes en el Asia. Lo que amenaza la civilización occidental es una destrucción originada dentro de sí misma.

Como un cáncer, como una negación de sus valores y sus más altos principios humanistas, el materialismo marxista destruye desde adentro esa civilización, niega las esencias de esa cultura, y aniquila el instinto vital y el espíritu de libertad de sus pueblos.

La enfermedad que sufre Occidente ha llegado a peligros extremos. Las características fundamentales que le permitieron primar en el mundo, están en crisis. La muerte que lo amenaza es justamente eso: es consecuencia de una razón que no razona; de un espíritu que no se eleva; de una voluntad que no lucha por defender su propio ser.

Con el fatalismo trágico de un suicidio, Occidente acepta y admite el mal que lo destruye, en nombre de un falso "Pluralismo". Para el marxismo es suficiente que le permitan subvertir sus valores, enajenar la razón con todo un sistema de falsedades, de odios, de ilusionismos y demagogias, para llenar de confusión a un pueblo, para dividirlo y para que crezca en él la destrucción y la negación de sí mismo.

La destrucción, el suicidio de Occidente, para ceder paso al materialismo marxista, amenaza de muerte a los valores humanistas y cristianos, a la libertad de los pueblos y a la dignidad de los hombres.

Baste lo dicho para indicar que compartir una cultura, constituir expresión de una civilización, estar ligados por tradición a un pensamiento elevado —por su esencia cristiana— a las categorías superiores de la historia del hombre, fija a una nación como Chile hitos irrenunciables en su acción internacional.

No es cuestión de sostener que la vida internacional debe ser una lucha abierta contra las naciones que sustenten ideologías destructoras de los valores de la cultura. No es necesariamente así, mientras aquéllas se abstengan de entrometerse dentro de Chile, o de intentar destruir los fundamentos de la nacionalidad.

Pero, en todo caso, sostener y defender los principios y valores esenciales de la civilización, es una tarea nacionalista. Tarea absoluta y total dentro de los lindes del territorio propio. Tarea de solidaridad y co-responsabilidad, cuando diga relación con otras naciones, dentro de los marcos de los tratados y del derecho internacional.

Importancia de la realidad geoeconómica

Otra constante en la orientación de la política internacional de Chile, es la que le impone y, a la vez, le abre la realidad geoeconómica.

Unido geográfica, histórica y culturalmente a las naciones de América y, en especial, de Iberoamérica, Chile tiene en esta realidad hitos fundamentales de su acción externa y aun interna. Las responsabilidades comunes de defensa hemisférica, de colaboración económica, de desarrollo e intercambio cultural y de toda índole que ha contraído, son y serán celosamente cumplidas.

Una mirada objetiva del camino recorrido en menos de dos años por el Gobierno de Chile, revela el espíritu americanista que le anima y la comprensión del deber histórico de cooperación y complementación de los pueblos iberoamericanos, para alcanzar los grandes objetivos sociales y un superior desarrollo. Una vez más —como con visión de futuro lo revelaran los nuevos cauces abiertos a América por Jorge Prat, hace ya veinte años—, el espíritu nacionalista chileno demuestra que no sólo no es incompatible con el más generoso americanismo, sino que es precisamente su mayor impulsor.

Por otra parte, las imperiosas necesidades de anticipar etapas en el desarrollo económico y en la elevación de los niveles de vida de la población; de ampliar el intercambio, acrecentar la participación de las naciones menos industrializadas en la riqueza, asegurar el valor de sus productos y de su trabajo; de dar solución a los problemas de salud, alimentación, educación y habitación, etc., colocan a Chile en la posibilidad de abrir caminos de entendimiento y colaboración recíprocas con naciones del Asia, Africa y Oceanía.

El desafío oceánico

Con todo, son las naciones del Océano Pacífico, las civilizaciones y culturas que se extienden en sus riberas, las que señalan el mayor desafío para Chile. El destino oceánico de Chile, formado por imperativo de la geografía, de la historia, del ímpetu creador de la raza, ha de tener aquí su prueba definitiva: transformar el Océano Pacífico en medio de acercamiento, de colaboración, de intercambio y de progreso. No más las distancias inmensas que separan y hacen volver la mirada hacia las concurridas rutas y mercados del Atlántico; ahora las distancias del océano han de ser las verdaderas vías chilenas, surcadas con el esfuerzo, la capacidad, la técnica y la calidad nacionales; las verdaderas vías chilenas para hacer de Chile una gran Nación.

Chile: un nacionalismo que mira hacia la universalidad

Chile, pues, reencontrado a sí mismo, está forjando su grandeza. Firme en su unidad nacional, abierto a lo universal, consciente de su lealtad a principios inmutables, con la dignidad de ser libre y soberano, respetuoso de los derechos ajenos y exigente del respeto que se debe a los suyos, ordena los objetivos de su limpia y clara acción internacional.

Exigencias de rehacer la Patria, que fue deshecha hasta los límites de la destrucción definitiva, han vivificado y fortalecido su nacionalismo.

Salvada la Patria, nutriéndola nuevamente con las esencias del ser y del alma nacional, el nacionalismo chileno vuelve a replantear el camino de Chile en lo universal. Un camino de paz, de libertad, de dignidad y de progreso.

Chile es hoy, y será mañana y siempre, un nacionalismo que mira hacia la universalidad.

II PARTE

EL DESAFIO HISTORICO QUE ENFRENTA CHILE

Los principios y los conceptos expuestos en las páginas que anteceden, pueden aparecer en estos días demasiado teóricos, muy alejados de la dura realidad que vive Chile.

No es así, sin embargo. Primero, porque no es estilo chileno perder la serenidad frente a la adversidad, ni tampoco lo es cerrar los ojos ante el peligro, o querer eludir el riesgo y la definición que se vive.

Además, lo antes expuesto sin perder un ápice de su significado profundo, ni de su permanencia trascendente, constituyen las líneas rectoras, la orientación nítida de todo el conjunto de acciones, políticas, esfuerzos y sacrificios con que Chile y su pueblo asumen esta hora de urgencias y emergencias definitorias.

En consecuencia, definidos ya los principios rectores de la concepción del nacionalismo chileno, interesa precisar su plena concordancia y aptitud para enfrentar el aquí y ahora, para superar el mayor y el más trascendente desafío de su historia.

Despojada de todo cuanto sea anécdota, adjetivo o accidente, la realidad que Chile enfrenta en esta hora tiene dos aspectos claramente diferenciados: uno, la agresión exterior que sufre; y otro, la guerra hipócrita, pero final, que destruye el mundo.

Son estos dos aspectos los que han de ser apretadamente reseñados. Su análisis, en definitiva, ha de confirmar el vigor de la Patria y la firme decisión con que el nacionalismo chileno mira a la universalidad.

La guerra hipócrita o el suicidio de Occidente

En un instante, como monzón fuera de temporada, la ruptura de frágiles acuerdos, inestables diques de papel, la fatídica invasión y aplastamiento de Cambodia y Vietnam por tropas comunistas aventó la superficial y falsa paz con que se drogaba el mundo.

A ciegas, de espaldas a la verdad, los teóricos del pacifismo, los ideólogos internacionalistas o los burócratas apatridas, vienen sosteniendo que se vive una época universal de colaboración y de solidaridad. Y tras ellos, los políticos partidistas, sin analizar las raíces ni las causas profundas de las crisis que agitan o hacen decaer a sus naciones, se dejan arrastrar por similares sofismas o por vanas convenciones.

La verdad, en cambio, es que el mundo vive una guerra.

Es una guerra distinta: sin batallas, combates ni luchas generalizadas; sin bombardeos apocalípticos, sin millones de soldados en inmensos ejércitos en exterminio; sin el terror ensombreciendo los rostros y enlutando a la población civil.

Pero es una guerra total. En ella, más que unas pulgadas de terreno se pone en juego la libretad, la nacionalidad, el derecho, la justicia.

Es la guerra que el comunismo soviético ha desatado en todo el mundo y dentro de cada nación, para subvertir los valores de la civilización occidental y para imponer universalmente su dominio totalitario.

Para sostener esa guerra, ha utilizado variadas estrategias. Pero en todas ellas, la mentira —“el alma del marxismo”— jugó su papel, y lo sigue jugando. Así, en la paz mentirosa que sucedió a la última guerra mundial, mientras se creaba la ONU y se proclamaban los derechos humanos y la libertad de los pueblos, se permitió que el precio de la lucha soviética contra el nazismo lo pagaran los pueblos de Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria, Rumania, Albania y las naciones bálticas, que perdieron su independencia nacional y su libertad personal.

Más tarde, utilizando como caballo de Troya un falaz “pluralismo”, el comunismo aprovechó la ceguera, el optimismo pacifista y los ilusionismos de las naciones occidentales, su desarme moral y su fatiga espiritual, para hacer mella dentro de ellas mismas, de su juventud, en sus universidades, entre sus trabajadores. Infiltró sus instituciones, su prensa, insufló demagogia en su política, anarquía en su trabajo y desquiciamiento en su vida interna, e impulsó la revolución destructora de su propia cultura.

Occidente, gravemente enfermo, sólo tardía, ocasional y esporádicamente reacciona... a veces. Enferma su razón —que no razona—, su espíritu —que no se eleva—, y su voluntad, no lucha ni se resuelve a superar la crisis...

Cuando se reúnen los Gobiernos de las naciones de la OTAN, impulsadas por sus respectivas Fuerzas Armadas, analizan, discuten y miden la magnitud de la amenaza creciente del creciente poderío militar soviético. Marcan su avance, las nuevas bases que controla en distintos continentes y océanos; anotan sus nuevos aliados, y cómo tambalean los propios... Pero ignoran o pretenden ignorar que el mayor peli-

gro, el peligro político —que, por cierto, sus militares no deben analizar—, está dentro de cada una de ellas: en la infiltración y en la subversión comunista.

Naciones como Portugal, donde se osciló dramáticamente hacia la soviétización; o como Italia, donde a vista e impotencia de sus gobernantes, treinta años de democracia partidista se pudren en la corrupción, la anarquía y la violencia; para no señalar sino dos casos, son los tristes ejemplos de las estrategias aplicadas por el comunismo en su guerra hipócrita, pero también de la enfermedad suicida de Occidente.

La infiltración comunista ha alcanzado niveles gravemente peligrosos en las universidades, en la enseñanza, en los órganos de prensa y televisión, entre el clero, o los artistas. Desde allí multiplican su poder y su alcance. Y, engañados por los señuelos que el comunismo coloca en su camino —el falso progresismo, la mentira del humanismo socialista, el fraude de identificar al socialismo con la justicia—, los jóvenes pasan a tener una visión deformada de su nación y de su propia cultura. Entonces, sin razonar, carentes de espiritualidad y de voluntad nacionalista, se suman tantas veces a la guerra comunista contra su propia Patria y su libertad.

Por otra parte, la infiltración en la mayoría de los organismos internacionales, ha transformado a muchos de éstos en instrumentos de sus políticas, en propagadores de sus consignas, en refugios para los activistas fracasados en intentos revolucionarios en algún país del mundo, y en destructores de las estructuras más estabilizadores de las naciones libres. Y así, con esos medios, con sus instrumentos dóciles atrincherados en el fuero y las franquicias diplomáticas, pagados en dólares y sin pagar impuestos, el comunismo cuenta con cientos de burócratas internacionales, apatridas de alma, que utiliza para infiltrar consignas marxistas en los pueblos subdesarrollados o en vías de desarrollo.

Las naciones libres no han captado la guerra hipócrita en

que se encuentran envueltas. Siguen, en cambio, políticas menores, intrascendentes ante el peligro, que en nada significan una defensa resuelta de su propia identidad y de la libertad del mundo. De esa manera se pierde el tiempo, que el comunismo aprovecha para ir infiltrando sensiblemente las propias fuerzas armadas de aquellas naciones desprevenidas.

Las grandes naciones de Occidente, sobre las que recae la mayor responsabilidad por haber engendrado al marxismo, por no haberlo aplastado, por haberlo transformado en potencia mundial imperialista, y por haberle dejado campo extenso en el Tercer Mundo donde engañar, fingiendo su amistad y apoyo insincero al ansia nacional de libertad de los pueblos africanos y asiáticos, tras injustos regímenes coloniales; las grandes naciones de Occidente no han sido capaces de comprender la magnitud de la amenaza ni la profundidad de ella, o han carecido de la entereza moral para enfrentarla.

La desconfianza mutua, los equilibrios partidistas y sus estériles pugnas intestinas, los apetitos hegemónicos y los intereses mercantilistas, cuando no el ilusionismo de creer que se puede cerrar un abismo en la historia con una diplomacia engañosa, son las débiles contradictorias armas que estas naciones oponen a la artera y monolítica conducción totalitaria del comunismo soviético.

No pareciera que jamás hayan hecho un recuento del camino recorrido en los últimos treinta años. Si tal recuento se hiciera, se podría ver cómo frente al asombroso desarrollo de sus economías (aunque hoy estén enfermas) y al altísimo nivel de vida de sus pueblos, que aplasta a la burocrática y anquilosada economía comunista, existe en cambio un balance político y militar aplastantemente favorable al comunismo soviético, en el desarrollo de la guerra posicional que sostiene.

Ni tampoco parecieran comprender que la guerra continúa hoy, acrecentándose y agravándose.

Es la expresión dramática del morbo suicida que sufre

Occidente, capaz de aceptar la progresiva destrucción de su civilización, de sus valores nacionales, sin tener el gesto histórico de cortar la caída, definitivamente, y reiniciar la reconstrucción de una universalidad de libertad, derecho y justicia verdaderas.

Y, aún, no parece siquiera ser capaz de percibir el gesto altivo, la reacción vibrante, la advertencia histórica que significa el alzamiento de Chile contra la opresión comunista.

¡El suicida parece querer morir en paz!

La agresión exterior a Chile

Chile, desde su liberación del comunismo soviético en virtud del pronunciamiento militar del 11 de Septiembre de 1973, es víctima de la más gigantesca agresión internacional.

Esta agresión reviste distintas formas. Desde la agresión armada, a la económica, a la burocrática, a la publicitaria, a la laboral. Y, también, por cierto, a la solapada que, bajo la forma de presión de seudos amigos, se suma a la agresión, con el pretexto de ayudar...

Pero todas, absolutamente todas, tienen un objetivo común: destruir la libertad, la soberanía, la autodeterminación de Chile.

El comunismo soviético, el gran artífice de la agresión, para alcanzar el fin propuesto, utiliza todos los medios, todas las estrategias y todos los instrumentos de que se puede valer. Incluso aquellos que, sin obedecerle voluntariamente, se dejan influir por las imágenes y climas que el comunismo crea, y siguen inconcientemente sus líneas y orientaciones.

La más visible de las distintas agresiones exteriores, es la que, desde todas las latitudes, se manifiesta incesante, monótona, reiterativa y orquestada. Es la campaña de la injuria, de la infamia, de la mentira.

En diez, veinte o más diferentes lenguas, se repiten a diario las mismas infamias, iguales consignas, similares falsedades e inepticias. (El Secretario General de Naciones Unidas recibió una vez 360 telegramas, desde un centenar de naciones de distintos continentes, redactados de modo exactamente igual, y sobre un hecho absolutamente falso).

Es la gran maquinaria propagandista del comunismo soviético. La maquinaria preparada durante treinta años; la de la propaganda de la paloma de la paz; la misma contra la guerra fría o la OTAN; la que incendió al mundo contra la intervención de EE. UU. en la guerra de Vietnam; esa maquinaria, ahora, cesante por la "detente" de toda campaña pública contra los norteamericanos, es la que inunda el mundo con el odio a Chile.

Todós los recursos, la totalidad de los medios internacionales y de los domésticos que en cada país controla el marxismo; o aquellos que inspira o en los que se ha infiltrado, están puestos al servicio de la agresión a Chile. De ahí que la misma prensa que silencia las masacres en Vietnam o en Camboya, las que ocurren en Angola o en quien sabe cuantas otras partes, esté empeñada en inventar muertos en Chile. Decenas, cientos, miles de muertos, que no han muerto, pero que para atacar al Gobierno de Chile, hacen morir mentirosos de mucha prensa "libre", al unísono con la soviética. De ahí que los mismos políticos que empujan demogógicamente a sus países a abrir los brazos al tirano comunista de Cuba, sean los campeones del bloqueo a Chile. De ahí que tantos otros, que difícilmente ubican a Chile en la geografía del mundo, que nada saben de él, ni de su pueblo, ni de su historia, ni de su realidad, ni de su cultura, hoy día no sólo opinen cualquier estupidez, sino que incluso se autodesignan tutores del destino chileno. (En una revista norteamericana una lectora protestaba, por ejemplo, porque la flota de EE. UU. había sacado a más de cien mil vietnamitas de aquella nación, y no ayudaba a huir "a los cientos de miles de habitan-

tes de Chile que desean huir de esa atroz dictadura", decía, y la revista la publica destacadamente).

La habilidad del comunismo soviético para movilizar a sus cuadros, a sus infiltrados, a los "tontos útiles", a los políticos demagogos y mendaces, ha conseguido crear una espesa niebla de engaños y mentiras en torno a Chile. Una niebla difícil de disipar, que oculta la verdad tanto de lo que sucede en Chile, como de la agresión que sufre, y de los reales objetivos que persigue esa agresión.

Un somero análisis basta para precisarlo.

Si se observa con cuidado el ámbito mundial de las diversas campañas que orchestra la gran campaña soviética en contra de Chile, se puede observar que aquellas son débiles en muchas naciones del Asia, donde la influencia comunista es escasa. Así mismo, en aquellas naciones del Africa donde los soviéticos no han podido hincar sus colmillos, también son débiles o inexistentes.

En cambio, tales campañas son particularmente virulentas y constantes en las naciones europeas occidentales o en los Estados Unidos. Allí, en los sectores socialdemócratas o laboristas, o entre los demócratas cristianos italianos o los "liberals" americanos, encuentran muchos dispuestos a ayudarlos o a no contradecirlos, con tal de poder ser considerados por la propaganda marxista como "avanzados", "progresistas" o "socialistas", y de recibir, en consecuencia, los consiguientes beneficios políticos. Estos políticos son, en cada país, los que se han caracterizado por su pertinaz ataque a Chile. En cambio, es justamente en esas naciones, tan sorprendentemente inquietas por lo que suponen sucede en Chile, donde menos quieren saber qué es lo que realmente ocurrió en Chile. Y es precisamente eso lo que el comunismo soviético quiere evitar que se advierta y se conozca en el mundo; y muy en especial, en esa fruta madura para el marxismo que son muchas de las naciones europeas.

Chile es una advertencia para el mundo. Es un alerta. Alerta de un centinela que descubrió aún a tiempo a los enemigos de su Patria y supo vencerlos.

El comunismo soviético sabe que Chile constituye una nítida advertencia a las naciones libres que admiten la negación marxista dentro de sí, que no ponen atajo a ese peligro, que creen posible transar con él.

El engaño de la vía legal hacia el socialismo, la mistificación de hacer democrático al intento marxista en Chile, el engaño vil del llamado "estatuto de garantías" suscrito con la democracia cristiana, es demasiado evidente, demasiado ejemplarizador para otros pueblos, como para que el comunismo soviético pueda aceptar que se revele en toda su crudeza, su cinismo y su mentira.

¿Acaso no faltó en Portugal que los demás, y no sólo los comunistas, conociesen la experiencia chilena?

¿Acaso no hace falta que la conozcan y la mediten en Italia?

¿Acaso no serían rechazados en Suecia los sucios negocios de un Palme con los comunistas para salvar su frágil mayoría, si se conociese la verdad chilena, y no el disfraz de la mentira fraguada por los cómplices de los soviéticos?

Ocultas tras la máscara, tras el ataque vil montado por los comunistas y sus "tontos útiles", existe en contra de Chile otra agresión: la agresión económica.

Es inútil que muchos supuestos amigos quieran trasladar la responsabilidad de los hechos. La verdad concreta y cabal es que en las naciones occidentales y en los Estados Unidos, fundamentalmente, la agresión económica a Chile alcanza graves niveles. Bastaría revisar los conceptos de agresión contenidos en las piezas jurídicas aprobadas en principio tanto por Naciones Unidas como por la Organización de Estados Americanos, como para comprobar las múltiples y

reiteradas agresiones recibidas por Chile, incluso de sus aliados, en el último año.

Las circunstancias políticas internas, las pugnas y tensiones entre partidos o entre Congreso y Ejecutivo, que puedan hacer explicable determinadas medidas, no son válidas en el Derecho Internacional ni ante las claras disposiciones jurídicas en juego, ni menos ante la reiterada amistad.

Pero la máxima gravedad en la conducta internacional frente a la verdad de Chile, lo constituye el criminal ocultamiento de los diversos delitos contra el orden internacional y la paz que configuran los esfuerzos del comunismo soviético en contra de Chile. Delitos en que incurrió antes del 11 de septiembre, y delitos en que ha incurrido después. Delitos que nadie de buena fe podría negar, pero que en los entendimientos que acallan la guerra hipócrita, prefieren callar.

Son delitos contra el orden internacional, los cometidos en Chile por el uso delictual de las Embajadas de los países satélites, para introducir en el país armas, instructores de guerrillas, consignas de anarquía, de destrucción, de guerra civil.

Los miles de armas, las toneladas de explosivos y municiones introducidas subrepticamente en Chile, para impulsar a la guerra civil, son una prueba del delito comunista que nadie ha querido sancionar ni repudiar. En cambio, ¡con qué premura se rasgan vestiduras porque el pueblo chileno se defiende de la agresión!

Se le niega a Chile el derecho de defenderse, se le injuria en la más gigantesca campaña mundial de difamación; se le acusa y denuncia ante todos los organismos internacionales, que jamás han actuado en contra de las más aberrantes transgresiones, pero que aquí sí se agitan y apresuran; se aceptan boicots en contra de aviones, barcos o cargas dirigidas a Chile; se vulneran contratos para dejar al país en la indefensión; y, en general, se multiplican los esfuerzos, pú-

blicos., declarados y reiterados, tendientes a alentar los ataques externos que destruyan a Chile y a sus Fuerzas Armadas, y a posibilitar internamente una criminal guerra civil.

La campaña en contra de Chile, la agresión exterior a Chile, está perfectamente montada, coordinada y dirigida. Está pensada para triunfar, plenamente, en el exterior.

Pero ha olvidado el espíritu, la voluntad, la raíz nacional de Chile.

Los ataques del exterior pueden aterrar a los extranje-rizantes. Los ataques del exterior pueden emocionar a los trai-dores. Los ataques del exterior pueden envalentonar a los enemigos acobardados y ocultos. Pero no van a afectar a Chile.

Y aquí y ahora, conciente del peligro, amando el riesgo que implica la definición nacionalista de Chile, el pueblo, su sangre joven, su voluntad de superación, su reciedumbre de chileno viejo, vencedor del desierto, del mar, de la montaña, está de pie, sereno y resuelto a no cejar.

La victoria es, ha sido y será chilena.

Desde aquí, desde esta tierra libre, se alzarán con vigor incontenible la advertencia al mundo. El alerta del centinela que ha de despertar a la humanidad.